

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

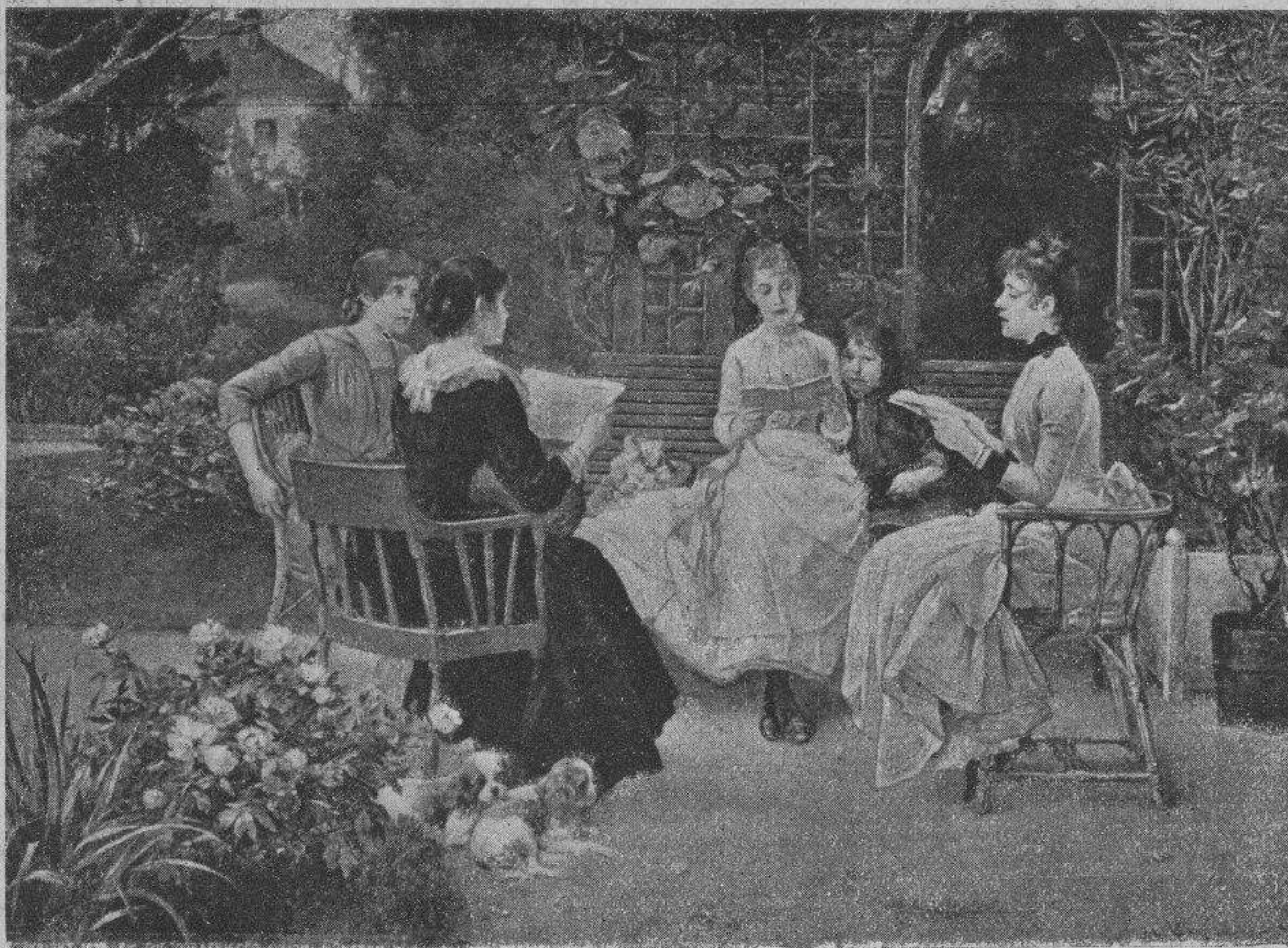
Barcelona 4 de Febrero de 1897

Núm. 324

MÚSICOS EMINENTES



Tomás Bretón



Cuarteto

Palique

Cuando este artículo se publique, suponiendo que la *saca* del correo en que por suerte le toque atravesar por Pajares ó por Reinosa no quede sepultada, ó por lo menos hecha una lástima entre la nieve, ya será fiambre el documento con que el señor Puga, Fiscal del Supremo, quiso asombrar al mundo y lo pasmó en efecto.

Para las ocasiones son los hombres, aunque sean fiscales gallegos; y el señor Puga, á quien el Gobierno ofreció una ocasión de perlas para mostrar heroísmo jurídico y poder exclamar legítimamente: *fiat jus et ruat cælum*, cambió la frase y dijo: hágase lo que quiere Cánovas, y húndase el derecho.

A estas horas, la decisión del Tribunal Supremo, atribuyendo á la jurisdicción ordinaria lo que el Gobierno y el fiscal señor Puga querían que cayese bajo el poder militar, ha quitado importancia de actualidad á esta cuestión, á los ojos de todos aquellos, y son muchos, que sólo atienden á los fenómenos de la vida social desde el punto de vista de la noticia fresca y del interés del momento; pero al que procure fijarse un poco más le seguirá pareciendo grave lo que el Gobierno pidió al Fiscal, según dicen, y lo que el Fiscal hizo, pidiéralo ó no el Gobierno.

Mucho vale, bueno es, que el Tribunal Supremo haya enmendado la plana á Cánovas y á Puga en esta cuestión concreta; pero la pelota sigue en el tejado, y quien da un dictamen dará ciento si lo manda Cánovas á tiempo.

Que de los delitos de imprenta no entenderá el Tribunal militar en casos como el del señor Reparaz. Corriente.

Algo es algo.

Pero ni Cánovas ni Puga, han desaparecido de la escena; y á la primera ocasión Cánovas volverá á pensar que el Ministerio público lo representa á él, y debe informar como al Gobierno le parezca; y el señor Puga volverá á creer que los contribuyentes le pagamos el sueldo para que busque sofismas, y bien cursis por cierto, para que haga como que tiene razón el Gobierno.

Y esto es lo malo, lo rematadamente malo, y lo que queda sin enmienda.

Si la gente se fijara, cuanto fuera conveniente, en la necesidad de que la justicia se tome en serio y sepamos todos lo que es ley y lo que es jurisprudencia, lo que es obra del legislador y lo que es obra del juez, la escandalosa, arbitraria, disolvente doctrina sentada por Puga en párrafos ridículos, sin gramática, cursis y disparatados, estaría hoy siendo piedra de escándalo en toda España, y no se conformaría la opinión alarmada con menos que la cesantía de ese Puga y la caída del Gobierno que le ha puesto en el trance de escribir lo que ha escrito.

A cualquiera se le ocurre que en la ley, y nada más que en la ley, debe estar señalado el límite propio de cada jurisdicción. El señor Puga no lo entiende así y opina que si no hay guerra en Cuba, santo y bueno que se entiendan las cosas como siempre, y los artículos de la ley se interpreten en el sentido claro y terminante que tienen. Pero si hay guerra en Cuba, los magistrados, sin que haya cambiado la ley, deben no entenderla de otra manera, que eso no puede ser, sino suponer que quiere decir ahora lo que no ha querido decir nunca, y extender la jurisdicción militar á lo que jamás la ha extendido.

¿Qué les parece á ustedes? ¿Si es listo el señor Puga!

Como el derecho no es una abstracción, sino que es para la vida, forma de la misma, es claro que según varían las circunstancias varían las leyes. Pero ¿quién puede variarlas, quién puede reformarlas? El legislador, no el tribunal que sentencia en los casos concretos de aplicación; la ley es para cambiar la regla jurídica, pero la jurisprudencia de los Tribunales, no; éstos se limitan á interpretar y fijar la regla de interpretación; no pueden, donde todo esto obra, suplir al legislador y reformar la ley. Y esto es lo que pedía el señor Puga.

Allá en tiempo de los Romanos hubo una autoridad mixta: la del magistrado, la del pretor principalmente, en que en cierto modo el juez iba reformando la ley, pero era mediante rodeos, ficciones, sin la pretensión de suplantarla acción legislativa de otro origen. Y de todas maneras, ahora los señores del Supremo Tribunal no son pretores; sus sentencias no son *jus honorarium*, sino mera jurisprudencia que es muy otra cosa.

El señor Puga ¿no se habrá hecho cargo de todo esto? Yo creo que sí; pero no ha tenido valor *para hacer objeciones* al Gobierno.

Tal vez, como Procopio, el secretario, como si dijéramos, el Morlesín de Belisario, que tuvo que escribir mucho adulando á Justiniano y á Teodora, y después se vengó escribiendo las *Anécdotas* en que saca á relucir los trapos sucios de los emperadores, el señor Puga esperará vengarse de la humillación á que le obligó el Gobierno, escribiendo más adelante la historia de esta imposición escandalosa.

Pero la verdad es que la mejor ocasión para mostrar energía y tesón la ha dejado escapar el señor Puga.

«¿Que menos podemos hacer, dice él, en honor de los que por nosotros están siendo héroes, que... entregar á un periodista á la jurisdicción de guerra?»

Y digo yo ¿qué menos hubiera podido hacer el señor Puga, que *tampoco* se está batiendo en Cuba, que imitar *un poco* la bizarría de nuestros soldados, y ser en este trance, sino un héroe, por lo menos algo más valiente?

Mientras otros *derraman* su sangre... él debió verter... el tintero y con él la breva de la Fiscalía.

Pero prefirió mojarla en la tinta *china* de Cánovas, y escribir... aunque la pluma tuviera pelos.

Pero no, no los tenía. La frescura con que el señor Puga defiende absurdos, sabiendo que lo son, prueba que el señor Puga no tiene pelos... en la Fiscalía del Supremo.

CLARÍN.



Mi album de retratos

Don Isidoro

Uno de los hombres, á mi entender, más felices que existen debajo de la cúpula azul (cuando no es gris) del firmamento.

He creído siempre que el egoísmo es uno de los factores más importantes para asegurar la felicidad del ser humano. Felicidad relativa, por supuesto. Pero como, si bien se mira, consiste la verdadera posesión de la felicidad más bien en la ausencia de penas que en el goce de dichas, y el egoísmo conduce sabiamente á la supresión de aquéllas, sino en un todo, en una proporción cuantiosa, opino que don Isidoro es un sér relativamente muy feliz.

Y lo es, porque egoísta como él no he encontrado ningún otro desde que me echaron al mundo y tengo el honor de frecuentar á mis semejantes.

Creo que nadie pondrá en duda la verdad de la siguiente observación:

Las tres cuartas partes de nuestros sinsabores nos vienen de causas que rigurosamente hablando podríamos llamar *impersonales*. Las desgracias de diversa índole, sobrevenidas á personas con las cuales nos unen íntimos lazos: padres, hijos, hermanos, amigos queridos nos afligen profundamente por la relación inmediata que establecemos entre aquellas cosas y nosotros mismos.

Ahora bien: suprimid, si os es posible hacerlo, dicha relación, adelgazadla cuando menos; concentrad vuestros afectos de tal modo que se reduzcan á vuestra estricta personalidad, y habréis apartado de vosotros muchísimas causas de pesadumbre.

Que es lo mismo que decir que habréis dado un paso inmenso para vuestra propia tranquilidad de pensamiento y de corazón.

Y la tranquilidad es el primer elemento de la dicha.

Problema difícilísimo de resolver... dirán ustedes.

¡Y tan difícil!... Para muchos, hasta imposible; pero para algunos, á quienes la naturaleza ha concedido aptitudes especiales, bastante fácil.

De esas aptitudes, Isidoro nació ámpliamente provisto. Desde muy pequeñito aprendió á amarse á sí mismo sobre todas las cosas, y acostumbróse á considerar al prójimo con benévola indiferencia. Cuando era todavía un rapaz, sus padres, que habían observado variedad de detalles significativos respecto de la escasa amatividad de Isidorito hacia los demás y del cariño extremado que profesaba por su personilla, decían con frecuencia:

—¡Qué egoistón va á salir ese chico!

—¡Mejor para él!—contestaba un primo machucho, que había sacado de pila al nene y cultivaba la filosofía en sus ratos perdidos.

Me han citado del Isidoro de aquella época un rasgo elocuentísimo. Muriósele un hermanito que le llevaba tres años de ventaja y por el que no demostró nunca la más afectuosa simpatía. Pero al verle muerto se deshizo en llanto y tuvo un arrebatado de verdadera desesperación. Lo cual sugirió á sus papás la idea de que el muchacho no era tan egoísta como se figuraban ni tan falto de entrañas como se creían.

—Te aflige la muerte de Paquito, ¿verdad, hijo mío?—le preguntó su mamá, deshecha en lágrimas.

—¡Ya lo creo!... pensar que hubiera podido morirme yo en vez de morirse él... ¡de buena he escapado!

* * *

Quien debutaba tan brillantemente, no podía menos de hacer lucidísima carrera. Don Isidoro no ha defraudado las esperanzas que hizo concebir Isidorito. Es un egoísta acabado, casi perfecto, y pongo el *casi* en virtud de aquello de que «no hay nada perfecto en la tierra».

Los detalles, los matices, son los que mejor dan á conocer el carácter de un hombre. Demos algunos de los que pueden presentar bajo su verdadero aspecto la personalidad moral de nuestro héroe.

El mismo me confesaba, hace poco tiempo, que una de las satisfacciones más puras la experimenta los días de lluvia, metiéndose en un coche del tranvía y permaneciendo en él durante un par de horas, cuando el movimiento de pasajeros está en su apogeo. Sentado cómodamente en un rincón, fija una mirada placentera en los infelices que reciben el agua en las plataformas ó que permanecen en pie en el interior del vehículo, buscando en vano un asiento. «¡Qué incómodos van esos pobres!—dice él entre dientes—¡y

WALTMER



Plegaria

yo que bien voy!» Para prolongar esa fruición, hace, sin necesidad ninguna, diez ó doce viajes seguidos y se gasta una multitud de perras grandes.

Ocioso es casi decir que don Isidoro sigue soltero y que soltero piensa seguir. El egoísta *pur sang* no se casa jamás, ya que sólo el celibato puede preservarle del altruismo inevitable á que vive sujeto quien tiene mujer é hijos.

Y otra voluptuosidad indecible es la que goza nuestro hombre escuchando las cuitas de tal ó cual amigo que refiere los lances desgraciados é inherentes á quien se ha echado una familia encima.

«He pasado unas semanas de angustia que no se lo puede usted imaginar, Isidoro... Figúrese usted: mi mujer de parto... ¡y qué parto! la criatura nació muerta. Cuando Dolores entraba en convalecencia, enfermó el mayorcito, Luís, y le tuvimos poco menos que en la agonía. Ya le digo á usted que hemos pasado unos días... Pues y el dineral que llevo gastado en médico y botica... ¡Una atrocidad!»

Don Isidoro se esfuerza, en tanto le explican esas desdichas, en tomar una fisonomía compasiva; pero no puede; á pesar suyo, le reboza la alegría por los ojos y en la involuntaria sonrisa de sus labios. No porque precisamente se alegre del mal ajeno, sino porque, como él dice: «á mí esas calamidades no me suceden... no me pueden suceder; y los demás que se fastidien.»

Una de las cosas que más le gustan á don Isidoro, es que le pidan dinero; no por el placer de prestarlo, sino por la satisfacción de rehusarlo. Son innumerables las veces que le han solicitado un préstamo; pero no recuerda él que ni una sola haya accedido.

Y en su negativa pone refinamientos ingeniosos. No es de aquellos hombres que de buenas á primeras contestan con un «no puedo» categórico. Al contrario: cuando le embiste un amigo necesitado, suele replicar generalmente: «en este momento me es imposible... vuelve dentro de un par de días; quizás entonces podré; pero no te lo aseguro... En fin, veremos».

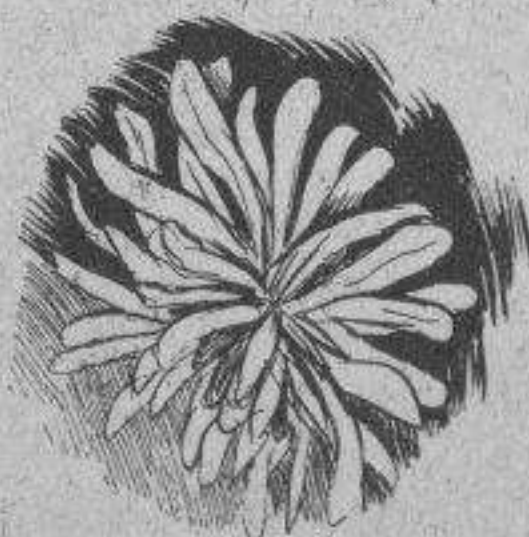
Y deja al solicitante luchando con la duda, acariciado por una esperanza; pero resuelto él á no prestar ni una peseta filipina. «De ese dinero que podría tan fácilmente dejarte,—dice en su fuero interno—no has de ver ni un céntimo, porque lo tengo para mi uso exclusivo ¿estamos? Me gusta mucho, sin embargo, que vengas á pedirme, porque al fin y al cabo eso demuestra que tú pasas apuros, mientras que yo no paso ninguno».

Don Isidoro concurre invariablemente á todos los entierros de sus amigos y de los deudos de éstos. No por dar una prueba de amistad, ó de deferencia, ó de simpatía, sino porque cada vez que camina con paso grave y rostro ídem tras el coche de difuntos que se lleva un cuerpo más al campo santo, le asalta á nuestro ilustre egoísta esta consoladora reflexión:

—Ese las guilló ya... peor para él: yo sigo tan vivo y tan fresco y tan campechano. Tengo unos pulmones de hierro, un estómago soberbio, un corazón admirablemente regularizado y no sufro reuma, ni jaquecas, ni sinsabores... ¡Qué bien me siento y qué agradable es la existencia!

El entierro del prójimo es para don Isidoro el mejor de los aperitivos. Todas las veces que vuelve de despedir al duelo, se convida á sí mismo á la fonda y destapa una botella de Champagne á su propia salud.

JUAN BUSCÓN.



JHON A. LOMAX



Escenas íntimas

El mismo demonio

I

Es cosa ya tan vulgar en la vida del hombre ver un mal corazón dentro de una envoltura hermosa, que al contemplar el río que pasa cerca, muy cerca de mi quinta, no siento más que indiferencia. Tiene ese río mansa la corriente y límpidas las aguas, pero en él hay rocas y precipicios, donde el hombre halla la muerte en vez del recreo que buscaba.

II

El guarda que hace pocos años había en la quinta, era un hombre sesentón, con más buenas cualidades que vicios. Entre éstos, el que llegó á repugnarme, era el de la blasfemia. La boca del guarda era un respiradero del infierno. Varias veces quise despedir á aquel dependiente, pero..... ¡quién arroja la primera piedra! ¡Quién se cree limpio de culpa! Realmente, entre los hombres, hay quien oculta sus vicios y quién los descubre. Y el guarda de mi quinta los descubría inconscientemente, cualidad preferible á la de pensar para ocultarlos. Además, la mujer del guarda era una buena mujer. Muy atenta y cariñosa, con frecuencia pedía indulgencia para su marido.

—Señor, ya estoy cansada de predicarle y llorar, mil veces le he dicho que lo que él hace es muy feo, que Dios le castigará, que el diablo ha de venir á cogerlo.

Tan supersticiosa era aquella infeliz, que creía á pies juntillas en la venida del demonio para llevarse al blasfemo. Y ¡cosa rara! el diablo vino. Pero no como los duendes, que asustan al vulgo, sino el mismo demonio de carne y hueso, negro, horripilante; en fin, el diablo auténtico.

III

Cuando se dejaron sentir los primeros calores en la ciudad donde me encontraba, la gente empezó á desaparecer. Yo y mi criado nos dispusimos á pasar el verano fuera. Al día siguiente llegábamos á la quinta. En la puerta encontramos á la mujer del guarda.

—¡Señorito, qué sorpresa! ¡Siempre hace usted lo mismo! — me dijo en tono de amable reconvención. — Voy á llamar á Félix, está cerca, ha ido á bañarse ¿sabe usted?

Y desapareció. Mas no habían pasado cinco minutos, cuando oímos la voz de aquella mujer.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Aay!

Tales gritos de desesperación, anunciaban una desgracia.

—¿Señorito, qué es eso? preguntó el criado. Corrimos, y desde la orilla del río vimos que el guarda se estaba ahogando. En un momento, Ramón, mi noble criado, se quitó la ropa y se arrojó al agua. Cuando cogió al guarda, éste aún vivía, pero atontado. Iba á morir; le remordía la conciencia. ¿Le cogería el diablo? El infeliz blasfemo, abrió los ojos y se encontró en brazos de un hombrón, negro, con los labios muy pronunciados, crespo el cabello...

Y quedó muerto, con los ojos abiertos, en brazos del mismo demonio, de Ramón, mi criado, que era un hermoso ejemplar de raza mulata.

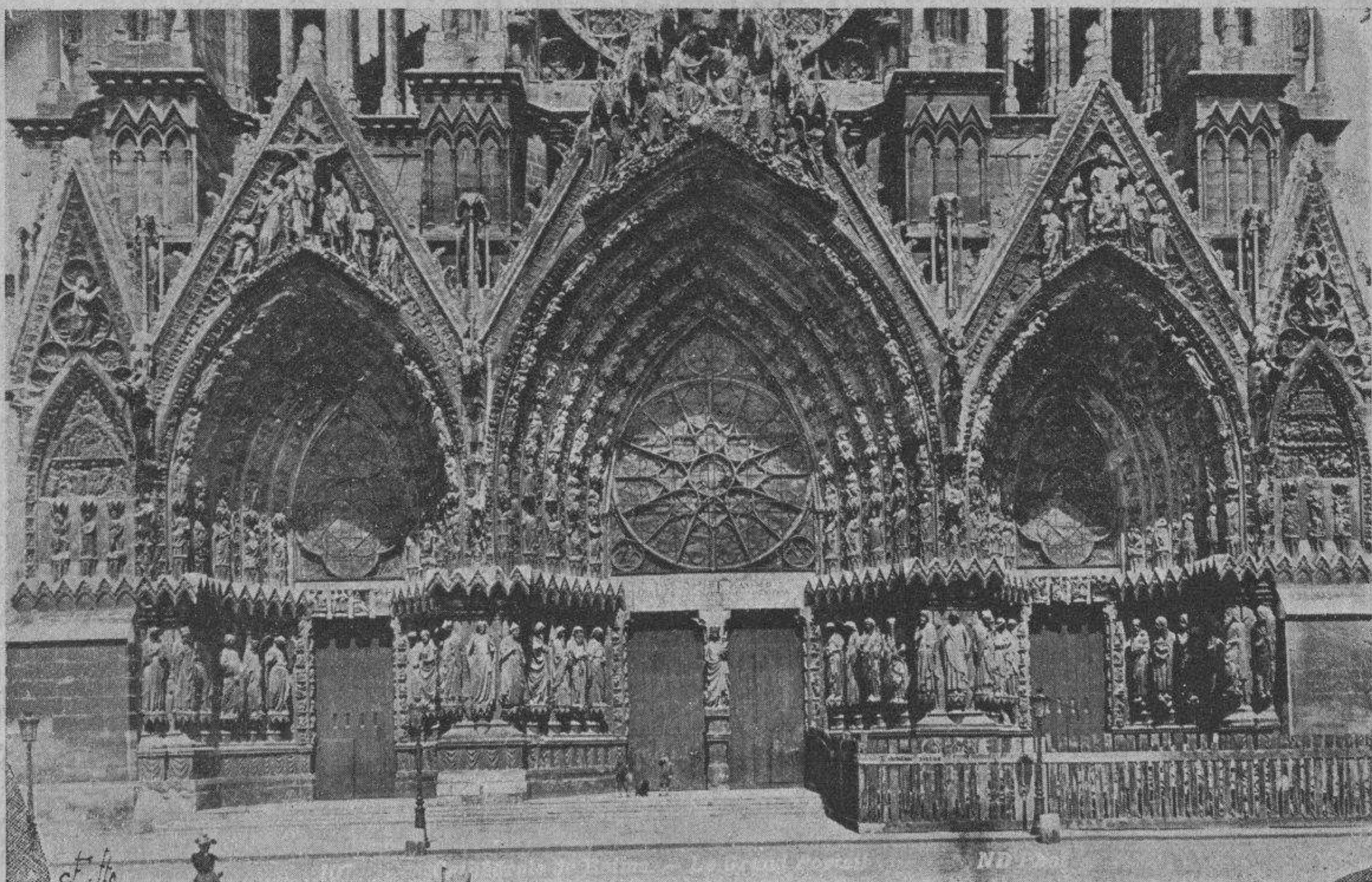
F. GIRALDOS ALBESA.

Soledad

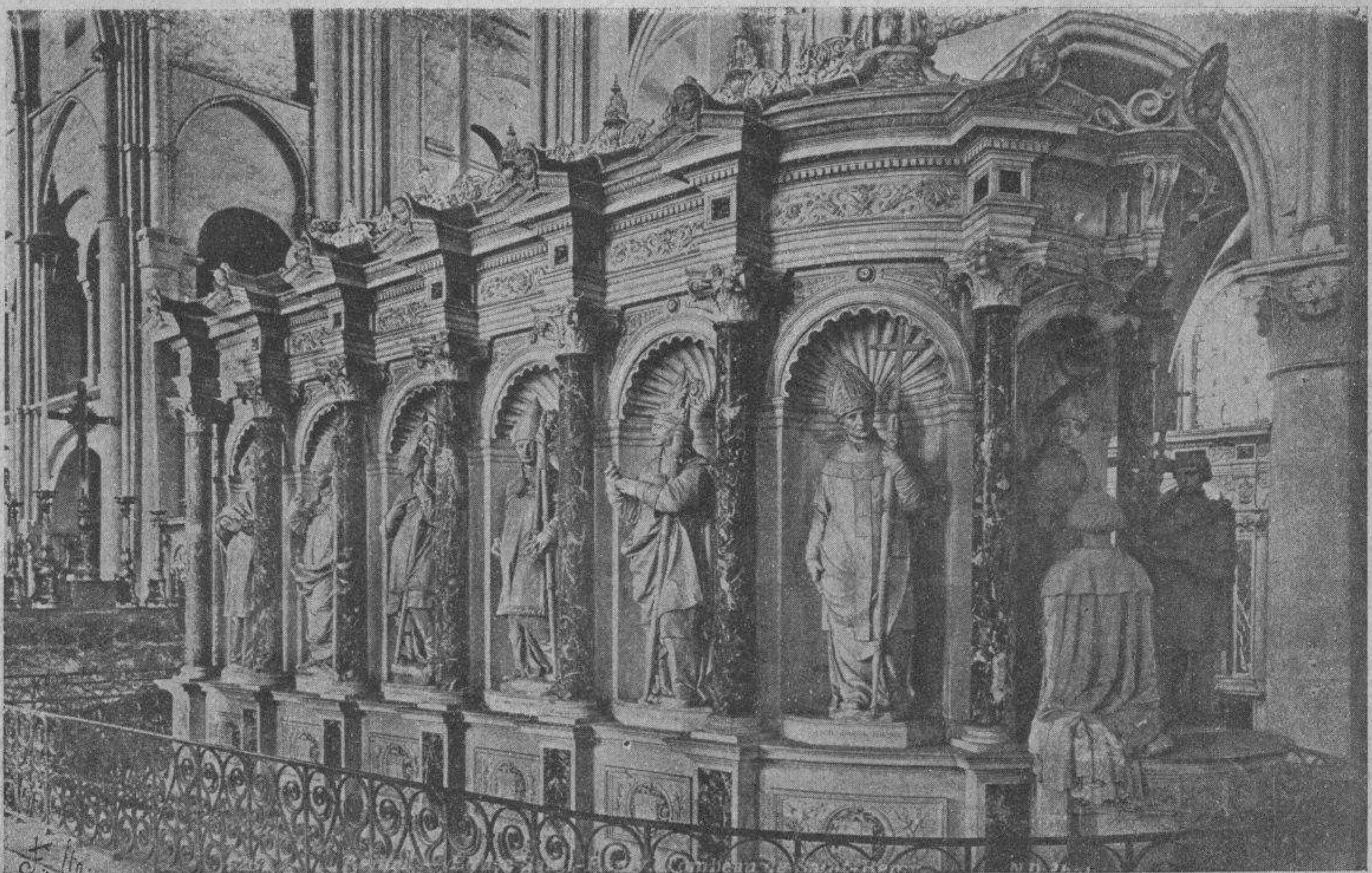
¿A qué tan dulces horas
Traer al corazón, Leonor altiva,
Si el sol de esas auroras
Ya pasó con su lumbre fugitiva?
Callada está la ola
Del blando río; el aura no despierta;
Y mi alma está sola!
Y la tuya, Leonor... la tuya, muerta!
Mira el bosque, sombrío;
Mustio et ciprés; fatídica la nube;
Y tu suspiro frío
Como esa niebla que del lago sube.

De tanto amor, abrigo,
Allí está ¿no lo ves? Seca la palma
Que fué mudo testigo
Del amor de tu alma y de mi alma.
Iris de mil colores,
Que espléndido brillante una mañana.
Te fuiste con sus flores
Y entre sus orlas de záfiro y grana!
Todo sobre la ola
Pasó del tiempo con tu amor y el mío;
Y mi alma está sola!...
Y está sin tí mi corazón vacío.

FRANCISCO G. PARDO.



Pórticos de la Catedral de Reims



REIMS. — Tumba de San Remy en la Iglesia del mismo nombre

La gran comedia

Fúcar que, sin más objeto que el de matar unas horas de fastidio, te vas calzando los guantes en el fondo de tu berlina para asistir a un espectáculo teatral que por lo común no entiendes: manda detener el carruaje, y en vez de subir al palco á exhibir á la multitud un busto que enseñas como una onza de oro clavada á tornillo por la vanidad sobre tus hombros, espera á que te descorra la cortina de la gran comedia humana, por la que pasas indiferente, á pesar de la parte que en ella tomas.

Desventurado ejemplar de la clase media, advenedizo para el vulgo por la educación y paria por la pobreza entre las clases superiores. Miserable rodaja de corcho que flotas en la laguna de la vida sin densidad suficiente para bajar á sepultarte en el limo; pero con peso específico sobrado para poderte remontar á la región en que vuelan las aves. Devuelve esa butaca que tu levita te ha obligado á comprar, y no hagas sacrificio alguno por penetrar en el coliseo; observa dónde pones el pie, que todo lo que pisas es teatro.

Braceros, jornaleros, menestrales; ínfimos peldaños de la escala social, por los que no obstante se trepa á la cúspide: genuínos representantes de la ignorancia; tan virtuosos y atendibles cuando sabéis lo mucho que ignoráis, como corrompidos y despreciables cuando ignoráis lo poco que sabéis. No hay que abalanzarse al despacho de billetes en busca de emociones de á peseta divididas en tres actos. La representación del mundo es gratis y á domicilio, y la jornada á que asiste cada hombre no termina hasta que Dios le dice á la muerte: «Baja el telón».

Venga acá el público de todos los matices; agrúpese en torno mío y convirtámonos en espectadores mientras nos toca el turno de ser ejecutantes; porque nadie se exime de representar un papel de más ó menos importancia en el espacioso escenario del universo. A unos el éxito los sonrío; á otros los hunde la derrota.

Como el personal es numeroso, las obras suelen salir á la perfección, porque cada artista tiene su especialidad.

Los sueldos son pingües, ó por lo menos llenan las aspiraciones de la compañía, pues ningún actor se pone el colorete sin haber hecho previamente el ajuste con su egoísmo.

Ya sale el barba rodeado de partes de por medio. Viste de negro, para que resalte más la blancura de sus canas, y sonrío á fin de aparecer colmado de satisfacción. Acaba de inaugurar un hospicio para huérfanos de albañiles. Los racionistas le llenan de elogios. Un poeta, con frac prestado, le lee una oda á la Caridad. Un pintor sin escuela, le regala una vista del asilo. Un gacetillero le hace el presente de la estenografía de la reseña inaugural.

GINTRAC - JOUASSET



Estudiantina

—Basta, señores,— grita el filántropo eludiendo la cohorte, seguro de que ella le ha de seguir.— No más ditirambos: yo hago el bien por el bien y sólo fundo mi recompensa en la felicidad de mis protegidos.

Pero llega á su casa y se deja caer en un sillón con la cabeza sepultada entre las manos, como si evitara el verse á sí mismo. Suena, por fin, una campanilla, cuyo sonido repercute en su corazón, y se pone en pie. Un criado le presenta un pliego oficial; lo abre; es la concesión de un título de Castilla; la primera piedra del establecimiento; el resorte de su beneficencia.— Ya soy tanto como mi vecino,— exclama.

Y al abrir el balcón para respirar más libremente, óyense las oraciones con que los huérfanos bendicen á su protector.

Y el espectador aplaude, no sólo por la esmerada ejecución de la escena, sino porque también quiere, cuando le toque la vez, alcanzar un triunfo; y lo prepara fingiendo desconocer el artificio para que su colega no le silbe.

Mutación. Sobre el terreno. El galán se bate con el galán joven; este tiene madre, aquél esposa é hijos. Ambos piensan en sus más caras afecciones, que acaso van á perder para siempre. Les tiembla el alma; pero el pulso aparece inalterable. Recuerdan cuando en el colegio, con la mano hecha una campanilla por dos horas de ejercicio de pesas en el gimnasio, el profesor los llevaba al tiro y los obligaba á hacer media docena de blancos con la pistola, diciéndoles:



El Czar y la Czarina de Rusia

— Acostúmbrense ustedes, que poco más ó menos así les hormiguará el brazo el día que tengan un lance.

Pero el maestro, que hablaba fuera de los bastidores, no recordaba que la luz de las baterías come las proporciones y que el gas exige que se exagere todo. Por eso en la comedia de la valentía, los actores se quitan el traje de la razón y se ponen el disfraz de la ferocidad.

Aquí viene la característica llorando. ¿Qué le sucede? ¡Pobre mujer! Es portera en una casa de vecindad, y parece ser que ha hollado su honor en la persona de su hija cierto mozalbete que va á casarse con la señorita del segundo, cuya madre es viuda de un señor cualquiera, que puede que se haya muerto.

— Hágase usted cargo de mi situación, — dice la afligida madre, á la madre serena; — no consienta usted en esa boda y présteme su concurso para que ese bribón repare su falta.

Acá para *inter nos*, la niña de la característica, que es bolera en un teatro de tercer orden, no es la primera vez que da un paso semejante. La portera tampoco lo ignora; pero trata de ver si hace del seductor un yerno, y embriagada por el egoísmo, convierte la escoba en cetro de dignidad.

— Señora fulana, — le responde la viuda. — Ya he hablado con ese caballero en favor de su causa de usted; pero sus argumentos son irrefutables. Arguye, y en mi concepto fundamentalmente, que son calaveradas de la juventud, en las que le toca la menor parte de responsabilidad; pues usted con su falta de vigilancia y la niña con su ligereza, deben cargar con el mayor peso de la culpa.

Esto no lo siente la buena señora; pero lo declama, porque su conveniencia no le deja gritar: «¡Infame, mal caballero, ladrón de honras!» La portera tiene un marido; y este marido, que además de un solemnísimo borracho es un revendedor de billetes, no ha podido colocar cinco décimos de la lotería de Nochebuena. Llega la extracción y, zas; la suerte le da un susto en la forma de cinco millones.

— La honra de esa pobre criatura, — grita al momento el que se llamó andana, — yo la lavaré, aunque sea con mi sangre.

Y entonces los porteros no quieren; el cetro de la dignidad vuelve á convertirse en escoba, en manos de su servidumbre, para amenazar los lomos del osado especulador que insiste, no obstante, exponiendo la vida en aras del deber.

Ya se acerca la filosofía de la obra. La señorita del segundo, al verse desahuciada de su prometido, abraza las rodillas de su madre y exclama:

— ¡Estoy perdida!

Y como el Tenorio pretexto que no puede dividirse en dos; y que la de la portería, por su falta de luces, resulta más víctima de sus desafueros que la que por su cultivada inteligencia estaba en mejores condiciones para defenderse:

— ¡Infame! ¡Mal caballero! ¡Ladrón de honras! — declama la madre.

Y esto tampoco lo siente la buena señora; pero su situación le impide repetir: «¡Son calaveradas de la juventud, en las que al seductor le toca la menor parte de responsabilidad!»

Esta comedia debería llamarse *La Elasticidad*; porque como sus personajes son de goma, además de dilatarse y contraerse á capricho, borran lo que no les sale á gusto y dibujan encima.

Un alegre rumor acoge la salida del gracioso. No viste de mamarracho ni cubre su cabeza con senda peluca. En el tablado del mundo se hace reír con un elegante frac.

— No es la virtud tan *rara avis in terra*, — le dice por la derecha un optimista.

— Este es el mejor de los mundos habitados, — asiente el cómico disfrazándose de Pangloss.

— Aquí no hay más que corrupción y lodo, abyección y mentira, — exclama por la izquierda un fanático del pesimismo.

— Este mundo es un fandango y el que no baila es un tonto, — aduce nuestro héroe cambiando, al volverse, la beatitud del seráfico por la sarcástica sonrisa de Voltaire.

— Fulano es un bribón, — le grita mengano por el frente.

— Convenido, — responde sin titubear.

— El bribón es mengano, — arguye fulano por la espalda.

— De acuerdo, — vocifera él haciendo una pirueta sobre su eje.

— Y come con éste, caza con el otro, gime con el que llora; se ahoga de risa con el que está alegre; y todos le llaman, lo buscan y lo solicitan; porque en esta sociedad de concesiones mutuas, no hay como ser del parecer de los demás, para conseguir que los demás sean del parecer de uno.

— Disponga usted de mí como guste, — protesta un amigo de ocasión. — Farsa: dos pasos más arriba murmura del conocimiento.

— Para mí no hay consuelo, — vocifera la viuda al ver sacar el cadáver de su esposo. — Comedia: un año más tarde asiste con su nuevo marido á la representación del *Muérrete y verás*, de Bretón de los Herreros.

¡Qué variedad en los asuntos! ¡Cuánto realismo en los detalles! ¡Qué conjunto tan maravilloso! ¡Qué decoraciones de tanto efecto! ¿Y los comparsas? Asombra su profusión. Desde las masas que en la rebelión aullan sin conciencia: «¡Viva lo que quiera nuestro jefe!», hasta el desconocido que enlutado asiste al entierro del magnate por que lo crean con aptitud de sentir dolor oficial, ¿cómo no parar mientes en los múltiples ejemplares del acompañamiento? Ahí están el *si* y el *no* de los opuestos bandos del parlamentarismo; los devotos con uniforme de las procesiones cívicas y religiosas; los poetas de circunstancias que no saben cantar sino cuando el apuntador les da el pie forzado; las multitudes, en fin, que se agrupan alrededor de los primeros actores, solicitando un papelito que los ponga en el carril de los Maiquez y Romea.

Pero ya oigo una voz que me objeta:

— ¡Cómo! ¿No hay más que disfraces en el mundo? ¿Nadie viste el traje del hombre sin los oropeles de la farsa ni la careta del arlequín?

Poco á poco. No confundamos la excepción con la regla general. Existen espectadores de buena fe que asisten al teatro del mundo á identificarse con los fenómenos exteriores, y cuya sensibilidad explotan los artistas. Seres que, como no aspiran al éxito particular, pues no forman parte de la compañía, silban ó aplauden según su conciencia; pero esos son los paganos, toda vez que no especulan. El fundador de hospicios que rehúsa la recompensa; el combatiente que llevado al terreno por exigencias sociales siente que la mano le tiembla ante el recuerdo de su familia y recibe un balazo que le quita con la vida la razón de su causa; los inocentes maridos que llevan al altar á la millonaria hija del portero ó á la señorita del segundo, engañados por la simbólica corona de azahar que el soplo del silencio mantiene fresco durante la ceremonia; el íntegro que protestando del dúctil y maleable gracioso se enajena las simpatías de aquellos cuya opinión no comparte; los que, en una palabra, no toman papel en la gran comedia, esos cargan con las costas.

Alguien ha de pagar á la compañía. Los que no se resuelven á ser actores, no tienen más remedio que figurar como empresarios. La quiebra es segura.

ENRIQUE GASPAR.

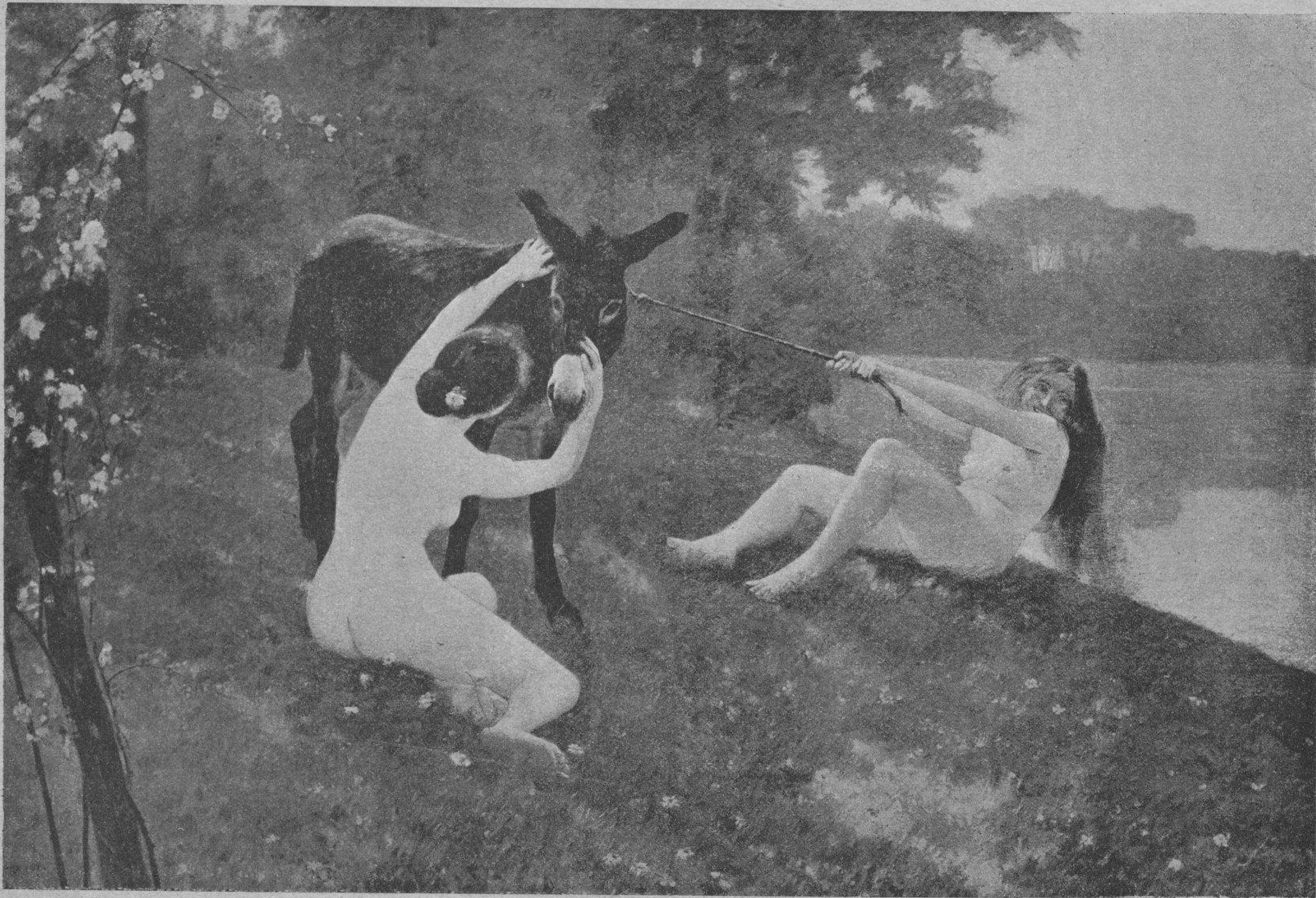
Postrer adiós del amor

Alegren los jardines de la vida
Las rosas del amor, aunque á su lado
Yerbas crezcan de tallo envenenado,
Que allí destilan su letal licor;
Alégranlos un día, mas el tiempo
Tras su cuchilla despiadada tala
Ramas y plantas y florida gala,
Si amor pronuncia su postrer adiós!
En vano con promesas intentamos
En su tristeza acariciar el alma;
En balde un más allá de paz, de calma
Señala á nuestro afecto el corazón;
Bien puede, en una hora de infortunio,
Ordenarnos partir la instable suerte;
Mandarnos alejar puede la muerte
¡De nuestro amor tras el postrer adiós!
Amable la Esperanza todavía,
Alzando nuestro aliento comprimido,
Inclínase á decirnos al oído:
«Aún puede renovarse nuestra unión.»
Bajo ese sueño mentiroso al menos
El pesar distraído se aletarga,
Ni apuramos de amor la copa amarga
Envenenada en el postrer adiós!
Mirad, ¡ay! ese par que unió el afecto:
Crecieron uno y otro en dulce encanto!
Crecieron... y sus flores, entre tanto,
Vertió sobre sus años el amor.
Por breves días florecieron juntos
De la franqueza en la estación primera,
Mas pronto terminó su primavera
Bajo el invierno del postrer adiós!
¿Por qué corre esa lágrima hasta el suelo
Y tu rosada tez así mancilla,

Surcando, virgen bella, esa mejilla,
Hermana de tu seno en el color?
¡Ocioso preguntar!—Víctima fácil
Del intenso dolor que te enajena,
Sucumbió tu razón á la honda pena
Que hirió tu amor tras su postrer adiós!
¿Quién es aquel misántropo que huye
Del recinto y rumor de las ciudades?
Luchando entre mortales ansiedades,
Sus antros pide al bosque por mansión;
Presas allí del delirio que le mata,
Los vientos ensordece con sus ayes;
Los ecos de los montes á los valles
De amor repiten su postrer adiós!...
Agita el odio el corazón que un tiempo,
De amor aprisionado en dulces lazos,
Probada, palpitante en sus abrazos,
Halagos y caricias de afección;
Frenético despecho inflama ahora
La sangre de sus venas renegrada;
Sombrío ante el desierto de su vida,
¡Mide al abismo del postrer adiós!
¡Oh! ¡cuánta envidia al miserable tiene
De alma de acero, indiferente, duro,
Que si ignora el placer, de bronce un muro
Tiene en el corazón contra el dolor!
Ese con risa los tormentos burla,
Que su pecho jamás sentir podría,
Y no teme por cierto la agonía
Que amor encierra en su postrer adiós!
¡Huye la juventud, decae la vida,
Aun la misma esperanza se oscurece!
El primer entusiasmo al fin perece
Y se apaga con él toda pasión!

FRANCISCO ARÁNDA Y PONTE.

A. DAGNAUX



El asno

El castillo de los siete escudos

Uriano el druida tenía siete hijas á las cuales había iniciado en los secretos de la magia, hasta el extremo de que podían bajar la luna del cielo. Fué tanta la fama que adquirieron por su belleza, que siete príncipes poderosos quisieron tener el honor de desposarse con ellas.

Lor reyes Mador y Bleys, procedentes de Powis y de la tierra de Gales, tenían los cabellos encrespados y su aspecto era repulsivo. Ewani, el cojo, llegó de Strath-Cluyde y Donaldo, el de la barba roja, de la ciudad de Galloway.

Lot, rey de Lodon, estaba jorobado y á Dunmail de Cumbrie le faltaban los dientes. Sólo Adolfo de Bambró, príncipe de Northumberlandia, era amable, valiente, joven y agraciado.

Los celos dividieron á las hermanas, porque todas querían al valiente y hermoso príncipe Adolfo. Tras de los celos vino el odio y tras del odio las riñas. Entonces abrióse la tierra y apareció el rey de los infiernos.

Prometióles á las hijas del druida contentarlas á todas y ellas, en cambio, le prometieron á su enemigo obedecerle ciegamente. El ángel proscrito les entregó una rueca y un huso á cada una y les dijo: «Escuchadme:

Con estos husos hilaréis á las doce de la noche y en seguida se levantarán siete torres. Dentro de ellas se cumplirá el prodigio, triunfará el mal y habitaréis con el que á cada una le pertenezca».

Sentáronse en el valle que iluminaba la luna y cantaron de una manera que nadie puede repetir. Desgarráronse el seno con las uñas y la lana negra que hilaban empapóse de sangre.

Mientras los husos rodaban ligeramente bajo el impulso de sus dedos, levantóse el castillo como un sueño y las siete torres salieron de la tierra como un vapor; siete puentes levadizos las daban acceso; siete fosos las rodeaban.

En aquel terrible castillo celebraron sus bodas los siete monarcas; pero al día siguiente, por la mañana, aparecieron seis asesinados. Las seis vírgenes, con los ojos encendidos y blandiendo en sus manos los ensangrentados puñales, rodearon la cama de Adolfo.

«Acabamos de inmolar, dijeronle, á seis esposos coronados; eres dueño de seis reinas. Comparte tu amor con las siete desposadas; ó el tálamo del séptimo se llenará de sangre como los otros».

Por fortuna la víspera de su himeneo el príncipe Adolfo había recibido la bendición de un piadoso confesor. Así fué que, saltando de la cama, cogió la espada é inmoló á las siete hijas del druida Uriano.

Cerró el castillo y sobre cada puerta puso una corona y un escudo. Después encaminó los pasos al convento de San Dunstan y terminó sus días bajo el cilicio de un santo anacoreta.

Los tesoros de los siete monarcas están depositados en aquel castillo, los demonios lo vigilan y cierran el paso á los que se acercan. El que se atreva á penetrar á la hora de cubre-fuego y permanezca hasta el toque de diana, será dueño de las riquezas.

Pero á medida que el mundo envejece los hombres degeneran, y en la actualidad no hay en la Gran-Bretaña un solo caballero bastante atrevido, bastante valeroso y bastante prudente para correr esta peligrosa aventura.

Las cumbres del Cheviot se inclinarán como la flexible espiga antes que los guerreros de Albión abandonen el Northumberland, y las duras rocas de Bambró se fundirán al sol antes que persona alguna conquiste aquellos tesoros.

WALTER SCOTT.



A. FALDI



20166

De vuelta del bautizo



Le petit gourmet

Suspiros del arpa

Perezca el día en que nací,
y la noche en que se dijo:
Concebido ha sido un hombre!...
JOB.

¡Génio de las tristezas!... dulce amigo,
Que en tu copa de negra adormidera
Recogiste la lágrima primera
Que convertida en sangre derramé.
Ven y llora conmigo; ven y cubre
Con tus alas pacíficas mi frente...
¡Oh! ¡por piedad! perdón... si yo indolente
La lira que me distes olvidé.
Yo te adoraba como adora el niño
Su religión primera... mas el mundo
La voz ahogó de mi dolor profundo
Con el ronco estallido de su voz.
Yo te adoraba como adora el alma
Su amor primero, su ilusión primera;
Como adoraba el mártir en la hoguera
La imagen invisible de su Dios.
¡Ven!... estoy triste... Tiéndeme los brazos
Y sostén mi cabeza enloquecida
Y el resto de la historia de mi vida,
Desde que adiós te dije, lo sabrás.
Oye: ví una mujer cuyos hechizos
El mismo Dios alegre contemplaba;
Ella como á ese Dios me idolatraba
Y yo la amé, cual no se amó jamás.
¡Oh! ¡si la vieras tú!... Si aquella boca,
Urna en que un beso del amor no cabe,
Te perfumara con su aliento suave,
Esencia voluptuosa de su amor:
Tú mismo, loco, sonriente, alegre,
De tu negro pesar te olvidarías
Y en santas y celestes alegrías
Se cambiara tu lúgubre dolor.
Y esa mujer ¿lo escuchas? ¡ya no es mía!
Su cadena de amor eran mis brazos;
Pero el infierno destrozó los lazos
De aquella dulce dicha que envidió.
¡Maldición! ¡Ya no es mía! ¡La he perdido!

Viudo mi corazón en vano llora...
Huyó con sus crepúsculos la aurora
Y todo en negra oscuridad quedó.
Al mar de luz en que nadaba el alma,
Sucede un mar de llantos y tiniebla
Y el cielo entero de mi amor lo puebla
Nube siniestra de infernal color...
Ya no se escucha en mi encantada selva
De su paloma lánguida el arrullo...
La brisa allí no tiene ya murmullo,
Ni suspiros las hojas ni rumor...
¡Génio de las tristezas! dulce amigo,
Que mi primer suspiro recibiste,
Ven y llora conmigo que estoy triste,
Conmigo abandonado de mi Dios...
Ven, dulce compañero, hermano mío,
Estréchame á tu seno cariñoso,
Confunde con el tuyo mi sollozo,
Confunde tus adioses con mi adiós.
Adiós, ¡hermosa! religión querida,
¡Reliquia Santa de mi amor profundo!
Si hoy nos separa enfurecido el mundo,
Mañana el cielo á unirnos volverá;
Porque el amor que vive en nuestras almas
Es un gran eco del amor del cielo
Y ese gran eco emprenderá su vuelo
Y al gran concierto pronto se unirá.
Adiós, ¡hermosa!... el arpa vacilante
Rueda á mis pies en lágrimas bañada;
Y agonizante el alma, desotada,
Sólo puede pedirte compasión...
No me maldigas tú, mujer querida,
De mi amor y mis llantos heredera,
Y á quien doy en ofrenda postrimera
Un suspiro... una lágrima... ¡un adiós!

ABIGAIL LOZANO.

La alfombra

¡Qué lástima más grande (me decía ayer una señora de las muchas que sirven á sus amigos el té á las cinco de la tarde y de las pocas que aún saborean las *Escenas matritenses* de Mesonero Romanos), qué lástima que el curioso parlante no pueda levantar la cabeza y empapándose de la vida moderna, como lo estaba de la que retrató en *Las casas*

C. SCHWENINGER



Dos amigas

por dentro, escribiera un nuevo cuadro que continuara el paralelo entre el género de vida y la sencillez de costumbres de que se gozaba por el año 1802 y la disipada que se hacía treinta después en sus refinados espectáculos, sus elegantes cafés, tiendas y paseos! Entonces sí que seguramente sin poderse contener habría pensado que las diatribas que dirigía contra su tiempo eran injustas, y que cualquiera tiempo pasado fué mejor.

Mesonero Romanos censuraba el lujo avasallador de su tiempo, ó por mejor decir, del tiempo de su juventud, en que se comunicaba semanalmente (¡y creía que era mucho!) con todos los madrileños por conducto de las *Cartas españolas* ¡y eso que todavía tenían trabillas en los pantalones, los comienzos del romanticismo en su literatura, el Liceo por todo gran salón, los corrales del Príncipe y la Cruz por todo teatro; *El Diario* por todo recurso, y por todo menaje de sus casas las sillas de respaldo en forma de lira, las con-

solas llenas de caracoles, el enorme brasero de Lucena, las pareadas cornucopias, los sillones de baqueta de Moscovia, y sobre las baldosas encarnadas, desiguales, movedizas por todo adorno y lujo y comodidad, unos cuantos rollos de estera de pleita valenciana ó esparto murciano, fabricada en los presidios ó en las casas de caridad.

Este detalle (proseguía), desde que ha empezado á desaparecer de las casas de la clase media en sus grados máximo y mínimo, habiéndose hecho reemplazar por la alfombra de floreados dibujos ó estampaciones de carácter árabe, ha quitado todo el carácter

F. EHRLICH



Mártir

que conservaban las casas de la época anatematizada por el gran cronista y dado el que en la actualidad tienen de coquetonas, de lujosas, de verdadero *quiero y no puedo*.

La alfombra tiene, asume y representa toda la vanidad que caracteriza al estertor de nuestro siglo. Por nada del mundo el más humilde de los modernos covachuelistas, que de los antiguos no se diferencian en otra cosa que en el mayor cúmulo de necesidades con que han gravado sus mezquinos haberes, consentirá abrigar el suelo de su casa con la estera de modesto precio y más modestas pretensiones, como hicieron sus abuelos, tan buenos como él y acaso con algún más dinero en la faltriquera. ¡Cualquier día! su mujer no ha de ser de peor condición que la del subsecretario que pisa en el verano la mullida alfombra de arena de las playas, y en el invierno la no menos blanda de terciopelo ó Bruselas; sus chiquillos no han de arañarse las rodillas y las manos en los burdos tejidos de la pleita, pudiendo caer, cuando caigan, en blando, y sobre todas estas razones, ¿qué diría el vecino de al lado, la amiga de enfrente, el pariente de encima, si vieran que al

llegar el mes de Octubre su casa no se abrigaba sino con la estera pajiza, que al cabo de dos días de puesta, presenta el aspecto de un cernedor?

La industria, por su parte, con sus constantes adelantos y la relativa baratura de sus precios y la mucha belleza de sus productos va conquistando poco á poco la voluntad, el gusto, las aficiones, y lo que es peor, el bolsillo de los hombres.

Antes (continuaba mi amiga, mojando en la tacita de té finísimas pastas) alfombrar una casa con gusto era verdadera obra de romanos, á más de costosa en extremo. Había que mandar pintar los cartones, encargar á la fábrica de tapices su reproducción en el telar, pagarlos á alto precio..... y volver á empezar cuando se cambiaban los muebles de la habitación ó una mudanza variaba las dimensiones del salón alfombrado. Hoy en media hora queda alfombrado un palacio y por un precio verdaderamente increíble.

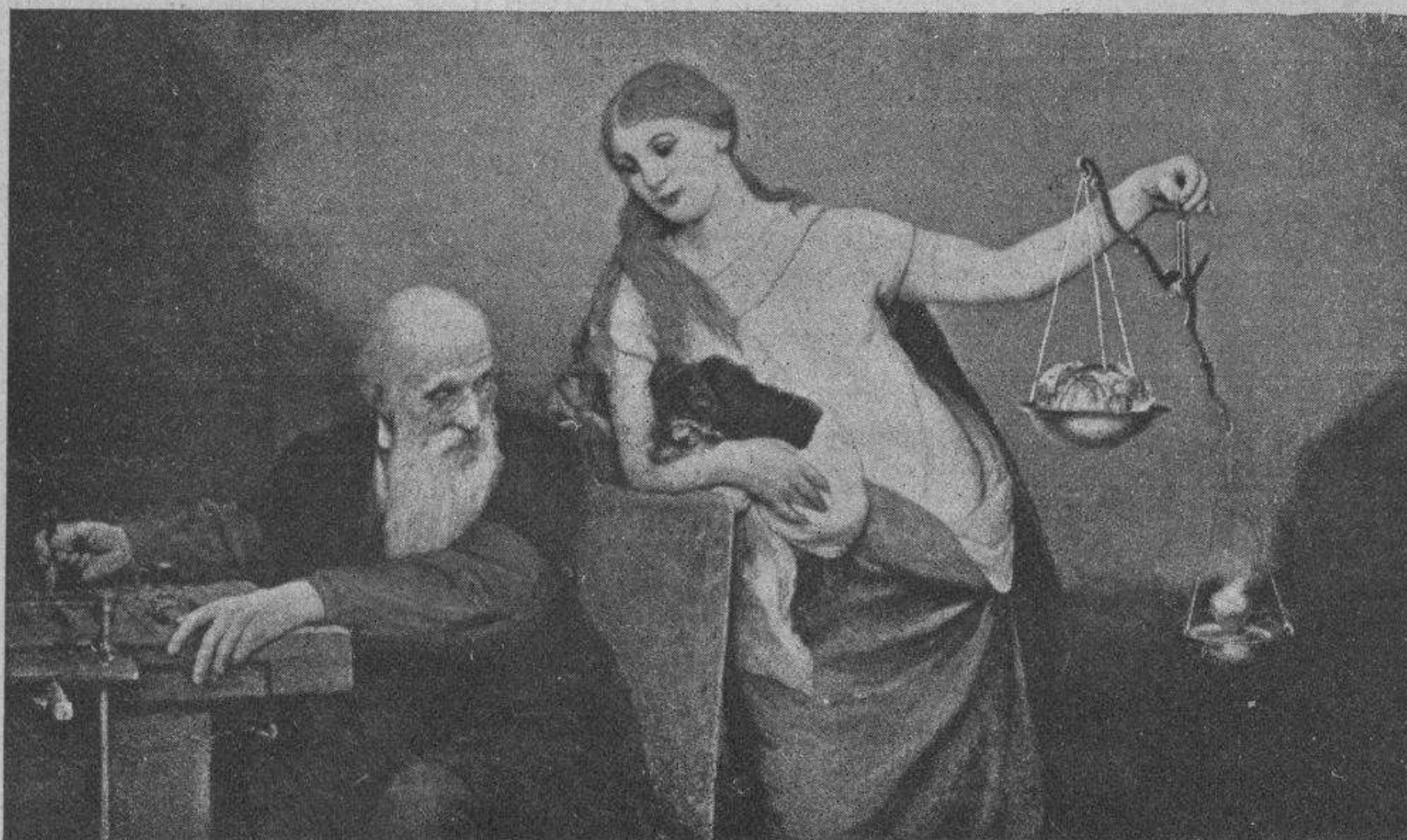
Cuando caen las hojas amarillas de los árboles (añadió mi amiga sorbiendo el último residuo del té y pasando sus dedos nacarados por entre las arrugas de una servilletita azul) caen de los muebles las fundas de dril que los resguardaron del polvo destructor durante nuestra ausencia veraniega, dándoles el aspecto de informes masas de mármol preparadas para recibir el trabajo del artista; cuando el brocatel de las sillas, las molduras de cuadros y espejos y los flecos de seda de los cortinajes de las casas ricas, vuelven ante la presencia de las primeras ráfagas de aire frío del otoño á lucir sus colores, sus hojarasca y sus suavidades, y del depósito donde nos custodiaron las alfombras nos las vuelven á colocar, dejando en las habitaciones una ligera estela de humedad y de olor á paja, no puede usted figurarse los sacrificios que se hacen en la mayoría de las casas para atender á la necesidad del alfombrado. Aquel mes el sueldo del marido no alcanza sino á los primeros días, y durante el resto se suprime el postre de los niños, el chocolate del loro y la escalera de los pájaros para ver de nivelar el presupuesto. Pero nada. La alfombra que calienta los pies, deja muchas veces enfriar el estómago.

La entrada del invierno, anunciada por todos lados con los enormes rollos de moqueta Bruselas y terciopelo, es la época más temida para las amas de casa, que hacen el sacrificio de no comprarse vestido nuevo, de arreglar el sombrero de castor del año pasado y volver, aunque sea de canto, la manteleta de cachemira, con tal de adquirir una alfombrita de fieltro, pero no como las que antes se colocaban delante del estrado forrado de reps verde y cubierto por una pañoletita de *crunet*, que representaban un hermoso ejemplar del rey del desierto, ó una pantera ó un perro, y tenían á lo sumo, vara y media en cuadro, sino para toda la casa, teniendo buen cuidado de que por bajo de la puerta de la escalera se deje asomar un trocito, que muy bien pudiera decir si hablara:

—¡Vecino, quien quiera que seas, detén tu paso y mira una casa donde se ha alfombrado hasta el paso del aguador!.....

La estera tiene sobre la alfombra otra ventaja, y es que da menos qué hacer para quitarla. ¡Se marcha sola!

C. OSSORIO Y GALLARDO.



G. MAX. — Vivisección

Los pueblos nuevos

...Jack Llade odiaba cordialmente á Julio Burgh. Un amigo de ambos entregó Julio á Jack. Jack ató á Julio en un poste del patio de su granja, y fué acribillándole metódicamente á balazos de revólver, pero teniendo cuidado de no matarle, y avisando á Julio del lugar en que iba á hacer blanco.

El tiro vigésimo cuarto fué á la boca y saltó el cráneo de Julio. Jack tomó un cuchillo, cortó las orejas al muerto, las saló, y después las conservó como recuerdo.

Estas *vendettas* no son cosa rara, y el Gobierno procura muchas veces ponerlas término.

Baldy Eversale y Old Paper French, jefes de dos poderosas familias del Kentucky, se odiaban; el Gobierno echó tras de ellos una comisión de jueces, una compañía de infantería, dos pelotones de caballería y cuatro ó cinco cañones, encargados de reconciliarlos.

Llevados á presencia de los jueces Eversale y French, desarmados, pero iracundos, se les obligó á acercarse uno á otro pinchándoles por detrás con las bayonetas, y á darse las manos, que un capitán sujetó con una cuerda. Después de esto, se les sentó uno frente á otro, para que hablasen.

— El día más feliz de mi vida (dijo el viejo French), fué el en que maté á tu hijo mayor.

— Pues bien me divertí yo (replicó Eversale) cuando robé á tu primera mujer. Llevo matadas treinta y dos, French, y pienso matar otras tantas antes de morir.

— Yo he matado treinta y cuatro, Eversale, y aún mataré ciento.

Es posible que la conversación dure todavía, porque esto pasaba en 1890.

* * *

Entre nosotros se vive más con el corazón que con el cerebro.

Aquí se sube al viajero á los grandes monumentos para que les hablen de gloria, de amor, de grandes recuerdos. Allí se le lleva al templo masónico de Chicago para que vea que tiene 21 pisos, 302 pies de altura, 1,328 caloríferos, 4,700 toneladas de acero, 7,000 lámparas eléctricas y 17 ascensores que pueden elevar diariamente 50,000 personas.

Allí se admira y estima la fuerza física, los *records*, las apuestas brutales, las fortunas inverosímiles, todo lo que asombra, todo lo que deslumbra. Aquí somos idealistas impenitentes, y preferimos el impalpable recuerdo de gloria del conquistador á los millones de Vanderbilt.

Para nosotros, el Paraíso es un jardín, no muy bien cuidado; para el americano, el Paraíso ideal es un lugar en que pueda satisfacer absolutamente todas las necesidades sin más trabajo que apretar un botón eléctrico.

* * *

La satisfacción material de la vida: este es el fin primordial.

Silueta de un convoy de emigrantes del Arkansas y la región de Yellowstone.

Cinco ó seis carritos tirados por caballejos flacos; el primero de ellos cargado de chiquillos. El padre, ya viejo, va al lado, con el fusil en bandolera.

— ¿A dónde se va?

— Al Yellowstone.

— ¿De dónde se viene?

— Del Arkansas; hace dos meses que viajamos.

— ¿Son vuestros todos esos chicos?

— Sí, diez, y esperamos completar las dos docenas.

— ¿No tiene vuestra mujer miedo de viajar por territorio indio?

— Está acostumbrada. Teníamos en el Arkansas una granja desde hacía catorce años; pero aquel Estado se va poblando mucho, y hay ya políticos que arruinan al pueblo. Han dicho los periódicos que en el Yellowstone hay buenas tierras; hemos vendido la granja, y allá vamos.

Así es la virgen América, tal todavía como la pintó Bret Harte en los admirables *Bo-cetos californianos*.

G. D.





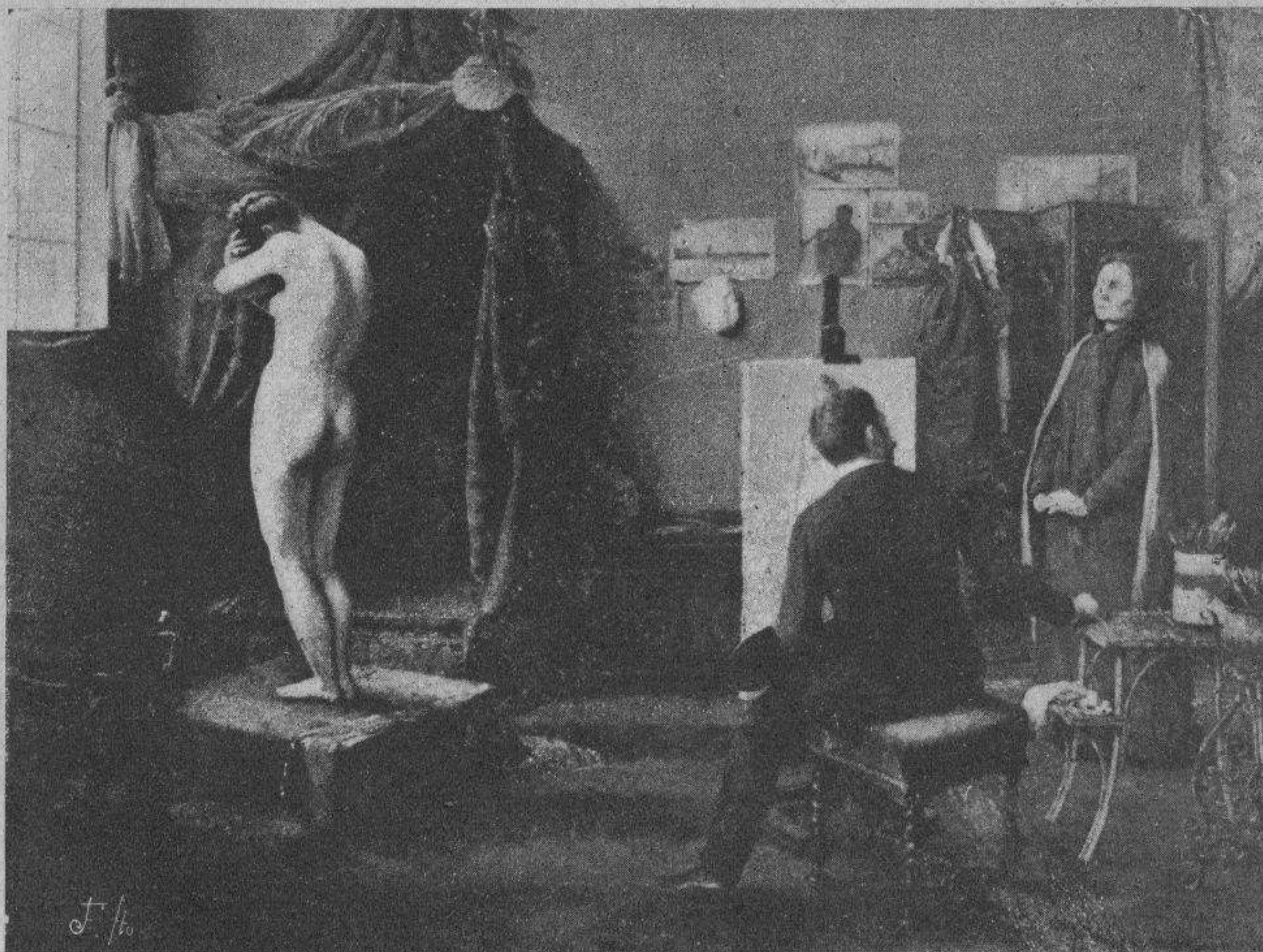
J. P. LAURENS.—Excomuni3n de Roberto el Piadoso

Mis montañas

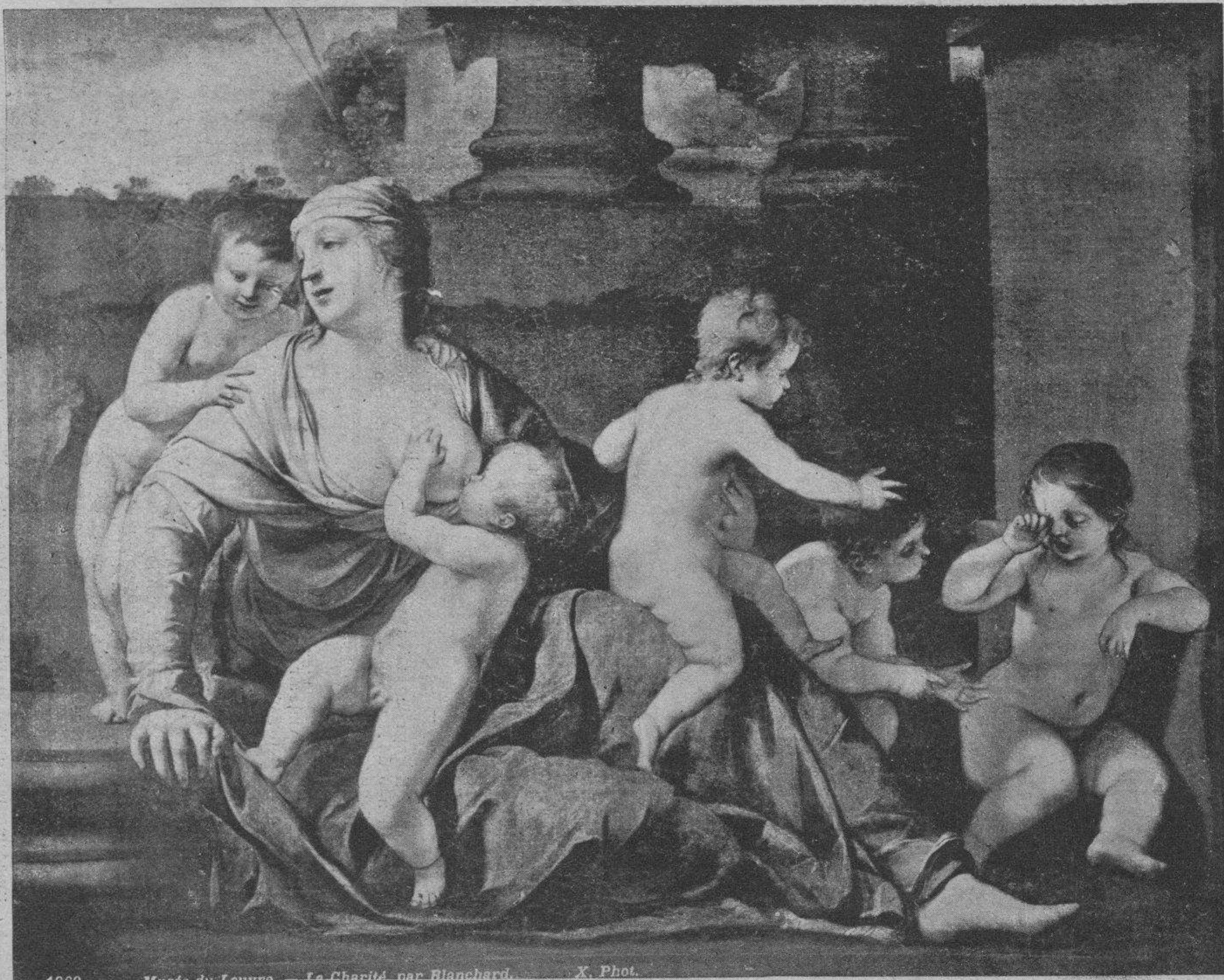
Lejos estoy de mi patria,
De mi patria tan querida,
Y de mi abatida frente
La palidez enfermiza,
No vienen á refrescar
Sus embalsamadas brisas.
Montañas americanas,
Hermosas montañas mías,
En donde canta el zentzontle
Y do el huitlacoche anida;
En cuyas ágrias pendientes,
De eterno verdor ceñidas,
El indio cuelga su choza
Cual nido de golondrinas;
En donde el hogar del pobre
Con alegre fuego brilla,
Que alimenta el liquidámbar
Con su aromosa resina,
Y del cedro y linaloe
Las maderas exquisitas
¿Dónde están vuestros rumores
Y aquella dulce armonía
De las frondas apiñadas
Que el suave viento agita?
¿Dónde el salvaje mugido
Que los ecos repetían
Del espumoso torrente,
Que por gargantas sombrías,
Rodando de roca en roca,
Airado se precipita?
¡Ah! Si yo viera aquel valle
De espléndida perspectiva,
Con sus lagos transparentes
En que los cielos se miran;
Con sus azules canales,
Con sus chinampas floridas,
Y su cerco de montañas
Que los pinares erizan;
Si yo viera un solo instante
Las siempre nevadas cimas
Del alto Popocatepelt
Y del gigante Ixtacihualt,
¡Ay, cómo gozara mi alma!
¡Ay, cuánta fuera mi dicha!

Pero estoy lejos, muy lejos,
De aquella tierra bendita
Donde las flores no mueren
Ni el helado cierzo silba;
Do el árbol no se despoja,
Y entre sus frondas abriga
Enjambres de colibríes
Que al volar rápidos brillan
Cual primorosa cascada
De luciente pedrería.
Allá es más azul el cielo,
Allá más hermosa brilla
La luna, y el sol ardiente
Benigno calor envía;
Allí al cansado viajero
Frescura y descanso brindan
El platanar rumoroso
Y las fuentes cristalinas;
Allí se meció mi cuna,
Allí mi madre querida
Me alimentaba á su seno
Y en sus brazos me adormía;
Allí pasé de mi infancia
Aquellas horas benditas
En que el alma no conoce
Los pesares de la vida;
Y allí de mis tiernos padres
Las veneradas cenizas
Duermen, bajo los rosales
Que sus rosas no marchitan.
¡Oasis del Nuevo Mundo!
¡Adorada patria mía!
Quiera Dios que vuelva á verte,
Y que al acabar mi vida,
Exhale mi último aliento
Entre tus fragantes brisas,
Bajo tu estrellado cielo,
Y escuchando la armonía
De tus pájaros cantores
Que en tus arboledas trinan.
¡Montañas americanas!...
¡Hermosas montañas mías!...

JOAQUÍN GÓMEZ VERGARA



G. BASCH. — Infraganti



1860 Musée de Louvre La Charité par Blanchard X. Phot.

BLANCHART. — La caridad



En el número próximo publicaremos dibujos originales de los distinguidos artistas: Baltasar Gili, Francisco Gómez Soler, José Passos, Tabal y Joaquín Xaudaró.

Para los números sucesivos contamos con la colaboración artística de los señores Balasch, Cuchy, Triadó, Nonell, Pellicer Montseny y otros.

Desde el número próximo, que será bellísimo, publicaremos semanalmente artículos originales ilustrados, páginas de actualidad, historietas, caricaturas, fotografías de Cuba y Filipinas, sin olvidar por esto la nota artística.

En las notas de actualidad nos ocuparemos de ciclismo y de toda clase de «sports».

Así corresponderemos nosotros al favor del público.

Próximamente enriqueceremos nuestro texto con otra de las más reputadas firmas de nuestra literatura.

A petición de numerosos lectores inauguraremos desde el número próximo una sección titulada: *Explicación de los grabados*, que sin duda resultará muy amena é instructiva.

La feliz llegada á Europa de los dos atrevidos marineros, que saliendo de New-York, atravesaron el Atlántico en un pequeño bote de remos, ha animado á otros viajeros audaces. Uno de éstos, el capitán Adolfo Trietsch, ha salido del puerto de Milwaukee (Wisconsin), en una pequeña embarcación de vela, con el objeto de hacer un viaje alrededor del mundo. Este viajero propónese llegar á Chicago á través de las lagos, pasando por el canal de desagüe hasta el río Mississippi, cuyo curso seguirá hasta desembocar en el golfo de Méjico.

Sin abandonar su barco, se trasladará por ferrocarril á través del istmo de Panamá, y una vez en la costa del Pacífico, se hará á la vela para San Francisco. En esta última ciudad pondrá el rumbo hacia Occidente, y continuará su viaje alrededor del mundo, á través del Pacífico, que confía completar en cuatro años y con su solo esfuerzo, pues nadie le acompaña en esta peligrosa aventura.

Un borracho cae desde un tercer piso á la calle. Afortunadamente, aunque aturdido y algo magullado por el golpe, no tiene herida ninguna. Varias personas caritativas se apresuran á levantarlo y le prodigan sus auxilios.

Una de ellas le da un vaso de agua.

—¿Agua? exclama el borracho lleno de ira. ¿De

qué piso es necesario caerse aquí para que le den á uno un vaso de vino?

Los puestos elevados son como las rocas de las cumbres: sólo llegan á ellas las águilas y los reptiles.

TALLEYRAND.

De drogas harto y doctores
El pobre Tomás Ozores,
Vecino de M. gueltorra,
Sólo con leche de burra
Puso fin á sus dolores.

Y hoy, al recordar sus males,
De que no guarda señales,
Dice con mucha verdad:
—Si no es por los animales,
Me entierra la Facultad.

M. DEL PALACIO.

Entre padres de familia:
—No hay que contrariar jamás las aficiones de los hijos para la elección de carrera. Yo, por ejemplo, tengo un hijo muy aficionado al teatro...
—¿Le ha dedicado usted á las tablas?
—No, señor: le he hecho entrar en una carpintería.

—Papá, ¿conoció usted mucho tiempo á mamá antes de casarse con ella?
—A decir verdad, hijo mío, no la conocí sino mucho tiempo después.

LA SAETA

Semanario ilustrado

DIRECTOR V. SUÁREZ CASAN * PROPIETARIO PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas
Año 11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado